



## **Filopemen y Tito**

### Vidas Paralelas

Plutarco

I. Cleandro era en Mantinea de la primera familia y uno de los de más poder entre sus conciudadanos; pero por cierto infortunio tuvo que abandonar su patria y se refugió en Megalópolis, confiado en Craugis, padre de Filopemen, varón por todos respetos apreciable y que le miraba con particular inclinación. Así es que durante la vida de éste nada le faltó, y a su muerte, pagándole agradecido el hospedaje, se encargó de educar a su hijo huérfano, a la manera que dice Homero haber sido educado Aquiles por Fénix, haciendo que su índole y sus costumbres tomaran desde el principio cierta forma y elevación regia y generosa. Luego que llegó a la adolescencia, le tomaron bajo su enseñanza los megalopolitanos, Ecdemo y Megalófanos, que en la Academia habían estado en familiaridad con Arcesilao y habían trasladado la filosofía sobre todos los de su tiempo al gobierno y a los negocios públicos. Estos mismos libertaron a su patria de la tiranía, tratando secretamente con los que dieron muerte a Aristodemo; con Arato expelieron a Nicocles, tirano de Sicíone, y a ruego de los de Cirene, cuyo gobierno adolecía de vicios y defectos, pasando allá por mar les dieron buenas leyes y organizaron perfectamente su república. Pues éstos, entre sus demás hechos laudables, dieron crianza e instrucción a Filopemen, cultivando su ánimo con la filosofía para bien común de la Grecia, la cual parece haberle ya dado a luz tarde y en su última vejez, infundiéndole las virtudes de todos los generales antiguos, por lo que le apreció sobremanera y le elevó al mayor poder y gloria. Por tanto, uno de los Romanos, haciendo su elogio, le llamó el último de los Griegos, como que después de él ya la Grecia no produjo ninguno otro hombre grande y digno de tal patria.

II. Era de presencia no feo, como han juzgado algunos, porque todavía vemos un retrato suyo que se conserva en Delfos. Y el desconocimiento de la huésped de Mégara dicen haber dimanado de su naturalidad y sencillez: porque sabiendo que había de llegar a su casa el general de los Aqueos, se azoró para disponer la comida, no hallándose accidentalmente en casa el marido. Entró en esto Filopemen con un manto nada sobresaliente, y creyendo que fuese algún correo o algún criado, le pidió que echara también mano a los preparativos; quitóse inmediatamente el manto y se puso a partir

leña; llegó en esto el huésped, y diciendo: “¿Qué es esto, Filopemen?”, le respondió en lenguaje dórico: “¿Qué ha de ser? Pagar yo la pena de mi mala figura”. Burlándosele Tito por la extraña construcción de su cuerpo, le dijo: “¡Oh Filopemen! Tienes buenas manos y buenas piernas, pero no tienes vientre”; porque era delgado de cuerpo. Pero, en realidad, aquel dicterio más que a su cuerpo se dirigió a la especie de su poder: pues teniendo infantería y caballería, en la hacienda solía estar escaso. Y éstas son las particularidades que de Filopemen se refieren en las escuelas.

III. En la parte moral, su deseo de gloria no estaba del todo exento de obstinación ni libre de ira; en su deseo de mostrarse principalmente émulo de Epaminondas, imitaba muy bien su actividad, su constancia y su desprendimiento de las riquezas, pero no pudiendo mantenerse entre las disensiones políticas dentro de los límites de la mansedumbre, de la circunspección y de la humanidad, por la ira y la propensión a las disputas, parecía que era más propio para las virtudes militares que para las civiles; así es que desde niño se mostró aficionado a la guerra y tomaba con gusto las lecciones que a esto se encaminaban, como el manejar las armas y montar a caballo. Tenía también buena disposición para la lucha, y algunos de sus amigos y maestros le inclinaban a que se hiciese atleta; pero les preguntó si de esta enseñanza resultaría algún inconveniente para la profesión militar, y como le respondiesen lo que había en realidad, a saber: que debía de haber gran diferencia en el cuidado del cuerpo y en el género de vida entre el atleta y el soldado, y que principalmente la dicta y el ejercicio en el uno, por el mucho sueño, por la continua hartura, por el movimiento y el reposo a tiempos determinados para aumentar y conservar las carnes, no podían sin riesgo admitir mudanza, mientras el otro debía estar habituado a toda variación y desigualdad, y en especial a sufrir fácilmente el hambre y fácilmente la falta de sueño, enterado de ello Filopemen, no sólo se apartó de aquel género de ocupación y lo tuvo por ridículo, sino que después, siendo general, hizo desaparecer, en cuanto estuvo de su parte, toda la enseñanza atlética con la afrenta y los dicterios, como que hacía inútiles para los combates necesarios los cuerpos más útiles y a propósito.

IV. Suelto ya de los maestros y curadores, en las excursiones cívicas que solían hacer a la Laconia, con el fin de merodear y recoger botín, se acostumbró a marchar siempre el primero en la invasión y el último en la vuelta. Cuando no tenía ocupación ejercitaba el cuerpo con la caza o con la labranza, para formarle ágil y robusto, porque tenía una excelente posesión a veinte estadios de la ciudad. Todos los días iba a ella después de la comida o de la cena, y acostándose sobre el primer mullido que se presentaba, como cualquiera de los trabajadores, allí dormía; a la mañana se levantaba temprano, y tomando parte en el trabajo de los que cultivaban o las viñas o los campos, se volvía luego a la ciudad, y con los amigos y los magistrados conversaba sobre los negocios públicos. Lo que de las expediciones le tocaba lo empleaba en la compra de caballos, en la adquisición de armas y en la redención de cautivos, y procuraba aumentar su patrimonio con la agricultura, la más inocente de todas las granjerías. Ni esto lo hacía como fortuitamente y sin intención, sino con el convencimiento de que es preciso tenga hacienda propia el que se ha de abstener de la ajena. Oía no todos los discursos y leía no todos los libros de los filósofos, sino aquellos de que le parecía había de sacar provecho para la virtud, y en las poesías de Homero daba preferencia a las que juzgaba propias para despertar e inflamar la imaginación hacia los hechos de valor. De todas las demás leyendas se aplicaba con mayor esmero a los libros de táctica de Evángelo, y procuraba instruirse en la historia de Alejandro, persuadido de que lo que se aprende debe aprovechar para los negocios, a no que se gaste en ello el tiempo por ociosidad y para inútiles habladurías. Porque también en los teoremas de táctica, dejando a un lado las demostraciones de la pizarra, procuraba tomar conocimiento y como ensayarse en los

mismos lugares examinando por sí mismo en los viajes y comunicando a los que le acompañaban las observaciones que hacía sobre el declive de los terrenos, las cortaduras de los llanos y todo cuanto con los torrentes, las acequias y las gargantas ocasiona dificultades y obliga a diferentes posiciones en el ejército, ya teniendo que dividirlo y ya volviéndole a reunir. Porque, a lo que se ve, su afición a las cosas de la milicia le llevó mucho más allá de los términos de la necesidad, y miró la guerra como un ejercicio sumamente variado de virtud, despreciando enteramente a los que no entendían de ella como que no servían para nada.

V. Tenía treinta años cuando Cleómenes, rey de los Lacedemonios, cayendo repentinamente de noche sobre Megalópolis, y atropellando las guardias, se introdujo en la ciudad y ocupó la plaza. Acudió pronto a su defensa Filopemen, y no pudo rechazar a los enemigos, aunque peleó con extraordinario valor y arrojo; pero en alguna manera dio puerta franca a los ciudadanos, combatiendo con los que le perseguían y trayendo a sí a Cleómenes, en términos que con gran dificultad pudo retirarse el último, perdiendo el caballo y saliendo herido de la refriega. Enviólos después a llamar Cleómenes de Mesena adonde se habían retirado, ofreciendo retribuirles la ciudad y sus términos: proposición que los ciudadanos admitían con gran contento, apresurándose a volver; pero Filopemen se opuso, y los detuvo con sus persuasiones, haciéndoles ver que no les restituía la ciudad Cleómenes, sino que lo que quería era hacerse también dueño de los ciudadanos, por ser éste el modo de tener más segura la población, pues no había venido a, estarse allí de asiento guardando las casas y los muros vacíos; por tanto, que tendría que abandonarlos si permaneciesen despiertos. Con este discurso retrajo a los ciudadanos de su propósito; pero a Cleómenes le dio pretexto para destrozar y arruinar mucha parte de la ciudad y para retirarse con muy ricos despojos.

VI Cuando el rey Antígono, en auxilio de los Aqueos, partió contra Cleómenes, y habiendo tomado las alturas y gargantas inmediatas a Selasia ordenó sus tropas con ánimo de tomar la ofensiva y acometer, estaba formado Filopemen con sus ciudadanos entre la caballería, teniendo en su defensa a los Ilirios, gente aguerrida y en bastante número, que protegían los extremos de la batalla. Habíaseles dado la orden de que permanecieran sin moverse hasta que desde la otra ala hiciera el rey que se levantara un paño de púrpura puesto sobre una lanza. Intentaron los jefes arrollar con los Ilirios a los Lacedemonios, y los Aqueos guardaban tranquilos su formación como les estaba mandado; pero enterado Euclidas, hermano de Cleómenes, de la desunión que esta operación produjo en las fuerzas enemigas, envió sin dilación a los más decididos de sus tropas ligeras, con orden de que cargasen por la espalda a los Ilirios y los contuvieran por este medio mientras estaban abandonados de la caballería. Hecho así, las tropas ligeras acometieron y desordenaron a los Ilirios, y viendo Filopemen que nada era tan fácil como caer sobre ellas, y que antes la ocasión les estaba brindando, lo primero que hizo fue proponerlo a los jefes del ejército real; pero como éstos no le diesen oídos, y antes le despreciasen, teniéndole por loco y por persona poco conocida y acreditada para semejante maniobra, la tomó de su cuenta, acometiendo y llevándose tras sí a sus conciudadanos. Causó desde luego desorden y después la fuga con gran mortandad en las tropas ligeras; pero queriendo dar aún más impulso a las tropas del rey y venir cuanto antes a las manos con los enemigos, que ya empezaban a desordenarse, se apeó del caballo, y entrando en el combate en un terreno áspero y cortado con arroyos y barrancos, a pie, con la coraza y armadura pesada de caballería, no sin grandísima dificultad y trabajo, tuvo la fatalidad de que un dardo con su cuerda le atravesase lateralmente entrambos muslos, pasándolos de parte a parte y causándole una herida gravísima, aunque no mortal. Quedó al principio inmóvil, como si le hubieran trabado con lazos, y sin saber qué partido tomar, porque la cuerda del dardo hacía peligrosa la

extracción de éste, habiendo de salir por todo lo largo de la herida; así los que estaban con él rehusaron intentarlo; pero estándose entonces en lo más recio de la batalla, lleno de ambición y de ira, forcejeó con los pies para no faltar de ella y con la alternativa de subir y bajar los muslos rompió el dardo por medio, y así pudieron sacarse con separación entrambos pedazos. Libre ya y expedito, desenvainó la espada y corrió por medio de las filas en busca de los enemigos, infundiendo aliento y emulación a los demás combatientes. Venció por fin Antígono, y queriendo probar a los Macedonios, les preguntó por qué se había movido la caballería sin su orden; y como para excusarse respondiesen que habían venido a las manos con los enemigos precisados por un mozuelo megalopolitano, que acometió primero, les dijo sonriéndose: “Pues ese mozuelo ha tomado una disposición propia de un gran general”.

VII. Adquirió Filopemen la fama que le era debida, y Antígono le hizo grandes instancias para que entrase a su servicio, ofreciéndole un mando y grandes intereses; pero él se excusó, principalmente por tener conocida su índole muy poco inclinada a obedecer. Mas no queriendo permanecer ocioso y desocupado, se embarcó para Creta con objeto de seguir allí la milicia, y habiéndose ejercitado en ella por largo tiempo al lado de varones amaestrados e instruidos en todos los ramos de la guerra y además moderados y sobrios en su método de vida, volvió con tan grande reputación a la liga de los Aqueos, que inmediatamente le nombraron general de la caballería. Halló que los soldados cuando se ofrecía alguna expedición se servían de jacos despreciables, los primeros que se les presentaban, y que ordinariamente se excusaban de la milicia con poner otro en su lugar, siendo muy grande su falta de disciplina y valor. Tolerábase siempre los magistrados por el mucho poder de los de caballería entre los Aqueos, y principalmente porque eran los árbitros del premio y del castigo. Mas él no condescendió ni lo aguantó, sino que recorriendo las ciudades, excitando de uno en uno la ambición en todos los jóvenes, castigando a los que era preciso e instituyendo ejercicios, alardes y combates de unos con otros cuando había de haber muchos espectadores, en poco tiempo les inspiró a todos un aliento y valor admirable, y, lo que para la milicia es todavía más importante, los hizo tan ágiles y prontos y los adiestró de manera a maniobrar juntos y volver y revolver cada uno su caballo, que por la prontitud en las evoluciones, la formación toda, no parecía sino un cuerpo solo que se movía por impulso espontáneo. Sobrevínoles la batalla del río Lariso contra los Etoles y los Eleos, y el general de caballería de los Eleos, Damofanto, saliéndose de la formación, se dirigió contra Filopemen; admitió éste la provocación, y marchando a él se anticipó a herirle, derribándole con un bote de lanza del caballo. Apenas vino al suelo huyeron los enemigos, y se acrecentó la gloria de Filopemen, por verse claro que ni en pujanza era inferior a ninguno de los jóvenes ni en prudencia a ninguno de los ancianos, sino que era tan a propósito para combatir como para mandar.

VIII. La liga de los Aqueos empezó a gozar de alguna consideración y poder a esfuerzos de Arato, que le dio consistencia, reuniendo las ciudades antes divididas y estableciendo en ellas un gobierno propiamente griego y humano. Después, al modo que en el fondo del agua empiezan a ponerse algunos cuerpos pequeños, y en corto número al principio y luego cayendo otros sobre los primeros y trabándose con ellos forman entre sí una materia compacta y firme, de la misma manera a la Grecia, débil todavía y fácil de ser disuelta, por estar descuidadas las ciudades, los Aqueos la empezaron a afirmar, tomando por su cuenta auxiliar a unas de las ciudades comarcanas, libertar a otras de la tiranía que sufrían y enlazarlas a todas entre sí por medio de un gobierno uniforme. Por este medio se propusieron constituir un solo cuerpo y un solo Estado del Peloponeso; pero en vida de Arato todavía en las más de las cosas tenían que ceder a las armas de los Macedonios, haciendo la corte a Tolomeo y después a Antígono y a Filippo, que se

mezclaban en todos los negocios de los Griegos, Mas después que Filopemen llegó a tener el primer lugar, considerándose con bastante poder para hacer frente aun a los más poderosos, se dispensaron de la necesidad de tener tutores extranjeros. Porque Arato, tenido por poco aficionado a las contiendas bélicas, los más de los negocios procuraba transigirlos con las conferencias, con la blandura y con sus relaciones con los reyes, según que en su Vida lo dejamos escrito; pero Filopemen, que era belicoso, fuerte en las armas y feliz y virtuoso desde el principio en cuantas batallas se le ofrecieron, juntamente con el poder aumentó la confianza de los Aqueos, acostumbrados a vencer con él y a tener la más dichosa suerte en los combates.

IX. Lo primero que hizo fue cambiar la formación y armamento de los Aqueos, que no eran como le parecía convenir; porque usaban de unas rodela fáciles de manejar por su delgadez, pero demasiado angostas para resguardar el cuerpo, y de unas azconas mucho más cortas que las lanzas; por lo que, si bien de lejos eran ágiles y diestros en herir por la misma ligereza de las armas, en el encuentro con los enemigos eran inferiores a éstos. No estaba entre ellos recibida la formación y disposición de las tropas en espiral, sino que, formando una batalla que no tenía defensa ni protección con los escudos, como la de los Macedonios, fácilmente se desordenaban y dispersaban. Para poner, pues, orden en estas cosas, les persuadió que en lugar de la rodela y la azcona tomaran el escudo y la lanza, y que, defendidos con yelmos, con corazas y con canilleras, se ejercitaran en un modo de pelear seguro y firme, dejando el de algarada y correría. Habiendo convencido, para que así se armasen, a los que eran de edad proporcionada, primero los alentó e hizo confiar, pareciéndoles que se habían hecho invencibles, y después sacó de su lujo y ostentación un ventajoso partido, ya que no era posible extirpar enteramente la necia vanidad en los hombres viciados de antiguo, que gustaban de vestidos costosos, de colgaduras de diversos colores y de los festejos de las mesas y banquetes. Empezó, pues, por apartar su inclinación al lujo de las cosas vanas y superfluas, convirtiéndolas a las útiles y laudables; con lo que alcanzó de ellos que, cortando los gastos que diariamente hacían en otras galas y preseas, se complaciesen en presentarse adornados y elegantes con los arreos militares. Veíanse, pues, los talleres llenos de cálices y copas rotas, de corazones dorados y de escudos y frenos plateados, así como los estadios de potros que se estaban domando y de jóvenes que se adiestraban en las armas, y en las manos de las mujeres yelmos y penachos dados de colores, mantillas de caballos y sobrerropas bellamente guarnecidas: espectáculo que acrecentaba el valor e inspirando nuevo aliento los hacía intrépidos y osados para arrojarse a los peligros. Porque el lujo en otros objetos infunde vanidad y en los que le usan engendra delicadeza, como si aquella sensación halagase y recrease el ánimo; pero el lujo de estas otras cosas más bien lo fortalece y eleva. Por eso Homero nos pintó a Aquiles inflamado y enardecido con sólo habérsele puesto ante los ojos unas armas nuevas para querer hacer prueba de ellas. Al propio tiempo que adornaba así a los jóvenes los ejercitaba y adiestraba, haciéndoles ejecutar las evoluciones con gusto y con emulación, porque les había agrado sobremanera aquella formación, pareciéndoles haber tomado con ella un apiñamiento al abrigo de las heridas. Las armas, además, con el ejercicio, se les hablan hecho manejables y ligeras, poniéndoselas y llevándolas con placer por su brillantez y hermosura, y ansiando por verse en los combates para probarlas con los enemigos.

X. Hacían entonces la guerra los Aqueos a Macánidas, tirano de los Lacedemonios, que con grande y poderoso ejército se proponía sujetar a todos los del Peloponeso. Luego que se anunció haberse encaminado a Mantinea, salió contra él Filopemen con sus tropas. Acamparon muy cerca de la ciudad, teniendo uno y otro muchos auxiliares, y trayendo cada uno consigo casi todas las fuerzas de sus respectivos pueblos. Cuando ya se trabó la batalla, habiendo Macánidas rechazado con sus auxiliares a la vanguardia

de los Aqueos, compuesta de los tiradores y de los de Tarento, en lugar de caer inmediatamente sobre la hueste y romper su formación se entregó a la persecución de los vencidos, y se fue más allá del cuerpo del ejército de los Aqueos, que guardaba su puesto. Filopemen, sucedida semejante derrota en el principio, por la que todo parecía enteramente perdido, disimulaba y hacía como que no lo advertía y que nada de malo había en ello, mas al reflexionar el grande error que con la persecución habían cometido los enemigos, desamparando el cuerpo de su ejército y dejándole el campo libre, no fue en su busca, ni se les opuso en su marcha contra los que huían, sino que dio lugar a que se alejaran, y cuando ya vio que la separación era grande, cargó repentinamente a la infantería de los Lacedemonios, porque su batalla había quedado sin defensa. Acometióla, pues, por el flanco a tiempo que ni tenían general ni estaban aparejados para combatir, porque, en vista de que Macánidas seguía el alcance, se creían ya vencedores, y que todo lo habían sojuzgado. Rechazólos, pues, a su vez, con gran mortandad, porque se dice haber perecido más de cuatro mil, y en seguida marchó contra Macánidas, que volvía ya del alcance con sus auxiliares. Había en medio una fosa ancha y profunda, y hacían esfuerzos de una parte y otra, el uno por pasar y huir, y el otro por estorbárselo, presentando el aspecto no de unos generales que peleaban, sino de unas fieras, que por la necesidad hacían uso de toda su fortaleza, acosadas del fiero cazador Filopemen. En esto el caballo del tirano, que era poderoso y de bríos, y además se sentía aguijado con ambas espuelas, se arrojó a pasar, y dando de pechos en la acequia, pugnaba con las manos por echarse fuera; entonces Simias y Polieno, que siempre en los combates estaban al lado de Filopemen, y lo protegían con sus escudos, los dos corrieron a un tiempo, presentando de frente las lanzas; pero se les adelantó Filopemen, dirigiéndose contra Macánidas; y como viese que el caballo de éste, levantando la cabeza, le cubría el cuerpo, volvió el suyo un poco, y embrazando la lanza lo hirió con tal violencia, que lo sacó de la silla y lo derribó al suelo. En esta actitud le pusieron los Aqueos una estatua en Delfos, admirados en gran manera de este hecho y de toda aquella jornada.

XI Dícese que habiendo ocurrido la celebridad de los Juegos Nemeos cuando por segunda vez se hallaba de general Filopemen, haciendo muy poco tiempo que había alcanzado la victoria de Mantinea, como no tuviese entonces que atender más que a la solemnidad de la fiesta, hizo por primera vez alarde de su ejército ante los Griegos, presentándolo muy adornado y haciéndolo evolucionar como de costumbre al son de la música militar con aire de agilidad, y que después, habiendo contienda de tañedores de cítara, pasó al teatro, llevando a los jóvenes con mantos militares y con ropillas de púrpura y ostentando éstos gallardos cuerpos y edades entre sí iguales, al mismo tiempo que mostraban grande veneración a su general y un tardimiento juvenil por sus muchos y gloriosos combates. No bien habían entrado, cuando el citarista Pílates, que por caso cantaba Los Persas, de Timoteo, empezó de esta manera: De libertad, honor y prez glorioso éste para la Grecia ha conseguido. Concurriendo con la belleza de la voz la sublimidad de la poesía, todos volvieron inmediatamente la vista a Filopemen, levantándose con el gozo mucha gritería, por concebir los Griegos en sus ánimos grandes esperanzas de su antigua gloria y considerarse ya con la confianza muy cerca de la elevación de sus mayores.

XII. En las batallas y combates, así como los potros echan menos a los que suelen montarlos, y si llevan a otro se espantan y lo extrañan, de la misma manera el ejército de los Aqueos bajo otros generales decaía de ánimo, volviendo siempre los ojos a Filopemen; y con sólo verlo, al punto se rehacía y recobraba confiado su anterior brío y actividad, pudiendo observarse que aun los mismos enemigos a éste sólo, entre todos los generales, miraban con malos ojos, asustados con su gloria y con su nombre, lo que se

ve claro en lo mismo que ejecutaron. Porque Filipo, rey de los Macedonios, conceptuando que si lograba deshacerse de Filopemen, de nuevo se le someterían los Aqueos, envió reservadamente a Argos quien le diese muerte; pero descubiertas sus asechanzas, incurrió en odio y en descrédito entre los Griegos. Los Beocios sitiaban a Mégara, esperando tomarla muy en breve; pero habiéndose esparcido repentinamente la voz, que no era cierta, de que Filopemen, que venía en socorro de los sitiados, se hallaba cerca, dejando las escalas que ya tenían arrimadas al muro dieron a huir precipitadamente. Apoderóse por sorpresa de Mesena Nabis, que tiranizó a los Lacedemonios después de Macánidas, justamente a tiempo en que Filopemen no tenía más carácter que el de particular, sin mando alguno; y como no pudiese mover, para que auxiliase a los Mesenios, a Lisipo, general entonces de los Aqueos, quien respondió que la ciudad estaba enteramente perdida, hallándose ya los enemigos dentro, él mismo tomó a su cargo aquella demanda y marchó con solos sus conciudadanos, que no esperaban ni ley ni investidura alguna, sino que voluntariamente se fueron en pos de él, atraídos por naturaleza al mando del más sobresaliente. Todavía estaba a alguna distancia cuando Nabis entendió su venida, y con todo no le aguardó, sino que, con estar acampado dentro de la ciudad, se retiró por otra parte e inmediatamente recogió sus tropas, teniéndose por muy bien librado si se le daba lugar para huir: huyó, y Mesena quedó libre.

XIII. Estas son las hazañas gloriosas de Filopemen; porque su vuelta a Creta, llamado de los Gortinios, para tenerle por general en la guerra que se les hacía, no carece de reprehensión, a causa de que molestando con guerra Nabis a su patria, o huyó el cuerpo a ella, o prefirió intempestivamente el honor de aprovechar a otros. Y justamente fue tan cruda la guerra que en aquella ocasión se hizo a los Megalopolitanos, que tenían que estarse resguardados de las murallas y sembrar las calles, porque los enemigos les talaban los términos y casi estaban acampados en las mismas puertas; y como él, entre tanto, hubiese pasado a ultramar a acaudillar a los Cretenses, dio con esto ocasión a sus enemigos para que le acusasen de que se había ido huyendo de la guerra doméstica; mas otros decían que habiendo elegido los Aqueos otros jefes, Filopemen, que había quedado en la clase de particular, había hecho entrega de su reposo a los Gortinios, que le habían pedido para general. Porque no sabía estar ocioso, queriendo, como si fuera otra cualquiera arte o profesión, traer siempre entre manos y en continuo ejercicio su habilidad y disposición para las cosas de la guerra; lo que se echa de ver en lo que dijo, en cierta ocasión, del rey Tolomeo; porque como algunos le celebrasen a éste, a causa de que ejercitaba sus tropas continuamente y él mismo trabajaba sin cesar oprimiendo su cuerpo bajo las armas, “y ¿quién respondió alabaría a un rey que en una edad como la suya no diese estas muestras, sino que gastase el tiempo en deliberar?” Incomodados, pues, los Megalopolitanos con él por este motivo, y teniéndolo a traición, intentaron proscribirle, pero se opusieron los Aqueos, enviando a Aristeno de general a Megalópolis; el cual, no obstante disenter de Filopemen en las cosas de gobierno, no permitió que se llevara a cabo aquella condenación. Desde entonces, malquisto Filopemen con sus ciudadanos, separó de su obediencia a muchas de las aldeas del contorno, diciéndoles respondiesen que no les eran tributarias ni habían pertenecido a su ciudad desde el principio, y cuando hubieron dado esta respuesta, abiertamente defendió su causa e indispuso a la ciudad con los Aqueos; pero esto fue más adelante. En Creta hizo la guerra con los Gortinios, no como un hombre del Peloponeso y de la Arcadia, franca y generosamente, sino revistiéndose de las costumbres de Creta, y usando contra ellos mismos de sus correrías y asechanzas les hizo ver que eran unos niños que empleaban arterías despreciables y vanas en lugar de la verdadera disciplina.

XIV. Admirado y celebrado por las proezas que allá hizo, regresó otra vez al Peloponeso, y halló que Filipo había ya sido vencido por Tito Flaminio, y que a Nabis lo perseguían con guerra los Aqueos y los Romanos; nombrado inmediatamente general contra él, como probase la suerte de un combate naval, le sucedió lo que a Epaminondas, que fue perder de su valor y gloria, habiendo peleado muy desventajosamente en el mar; aunque de Epaminondas dicen algunos que no pareciéndole bien que sus ciudadanos gustasen de las utilidades que la navegación produce, no fuese que insensiblemente, de infantes inmóviles, según la expresión de Platón, se los hallase trocados en marineros y hombres perdidos, dispuso muy de intento que del Asia y de las islas se volviesen sin haber hecho cosa alguna. Mas Filopemen, muy persuadido de que la ciencia que tenía en las cosas de la tierra le había de servir también para las del mar, muy luego se desengañó de lo mucho que el ejercicio conduce para el logro de las empresas y cuán grande es para todo el poder de la costumbre; porque no sólo llevó lo peor en el combate naval por su impericia, sino que escogió una nave, antigua, sí, y célebre por cuarenta años, pero que no bastaba a sufrir la carga que le impuso, e hizo con esto que corriesen gran riesgo los ciudadanos. Observando después que en consecuencia de este suceso le miraban con desdén los enemigos, por parecerles que había desertado del mar, y habiendo éstos puesto sitio con altanería a Gitio, navegó al punto contra ellos, cuando no lo esperaban, descuidados con la victoria; y desembarcando de noche los soldados, les ordenó que tomasen fuego, y aplicándolo a las tiendas les abrasó el campamento, haciendo perecer a muchos. De allí a pocos días repentinamente les sobrecogió Nabis en la marcha, atemorizando a sus Aqueos, que tenían por imposible salvarse en un sitio muy áspero y muy conocido de los enemigos; mas él, parándose un poco y dando una ojeada al terreno, hizo ver que la táctica es lo sumo del arte de la guerra; en efecto, moviendo un poco su batalla y dándole la formación que el lugar exigía, fácil y sosegadamente se hizo dueño del paso, y cargando a los enemigos los desordenó completamente. Mas como advirtiese que no huían hacia la ciudad, sino que se habían dispersado acá y allá por el país, que sobre ser montuoso y cubierto de maleza era inaccesible a la caballería por las muchas acequias y torrentes, impidió que se siguiera el alcance, y se acampó todavía con luz; pero conjeturando que los enemigos se valdrían de las tinieblas para recogerse a la ciudad de uno en uno y de dos en dos, colocó en celada en los barrancos y collados a muchos soldados aqueos, armados de puñales, con el cual medio perecieron la mayor parte de los de Nabis; porque no haciendo la retirada en unión, sino como casualmente habían huido, perecían en las inmediaciones de la ciudad, cayendo a la manera de las aves en manos de los enemigos.

XV. Fue por estos sucesos sumamente celebrado y honrado por los Griegos en sus teatros, lo que sin culpa de nadie ofendió la ambición de Tito Flaminio, quien, como cónsul de los Romanos, quería se le aplaudiese más que a un particular de la Arcadia, y en punto a beneficios creía que le excedía en mucho, por cuanto con sólo un pregón había dado la libertad a toda la Grecia, que antes servía a Filipo y los Macedonios. De allí a poco hace Tito paces con Nabis y muere éste de resultas de asechanzas que le pusieron los Etolos; y como con este motivo se excitasen sediciones en Esparta, aprovechando Filopemen esta oportunidad, marcha allá con tropas, y ganando por fuerza a unos y con la persuasión a otros, atrae aquella ciudad a la liga de los Aqueos, empresa que le hizo todavía mucho más recomendable a éstos, adquiriéndoles la gloria y el poder de una ciudad tan ilustre; y en verdad que no era poco haber venido Lacedemonia a ser una parte de la Acaya. Concilióse también los ánimos de los principales entre los Lacedemonios, por esperar que habían de tener en él un defensor de su libertad. Por tanto, habiendo reducido a dinero la casa y bienes de Nabis, que



importaron ciento y veinte talentos, decretaron hacerle presente de esta suma, enviándole al efecto una embajada; pero entonces resplandeció la integridad de este hombre, que no sólo parecía justo, sino que lo era; porque ya desde luego ninguno de los Espartanos se atrevió a hacer a un varón como aquel la propuesta del regalo, sino que, temerosos y encogidos, se valieron de un huésped del mismo Filopemen, llamado Timolao, y después éste, habiendo pasado a Megalópolis y sido convidado a comer por Filopemen, como de su gravedad en el trato, de la sencillez de su método de vida y de sus costumbres observadas de cerca hubiese comprendido que en ninguna manera era hombre accesible a las riquezas o a quien se ganase con ellas, tampoco habló palabra del presente, y aparentando otro motivo de su viaje se retiró a casa, sucediéndole otro tanto la segunda vez que fue mandado. Con dificultad pudo resolverse a la tercera; pero, al fin, en ella le manifestó los deseos de la ciudad. Oyóle Filopemen apaciblemente, y pasando a Lacedemonia les dio el consejo de que no sobornasen a sus amigos y a los hombres de bien, pues que podían de balde sacar partido de su virtud, sino que más bien comprasen y corrompiesen a los malos, que en las juntas sacaban de quicio a la ciudad, para que, tapándoles la boca con lo que recibiesen, los dejasen en paz, pues que valía más sofocar la osada claridad de los enemigos que la de los amigos: ¡hasta este punto llegaba su integridad en cuanto a intereses!

XVI Advertido al cabo de algún tiempo el general de los Aqueos, Diófanes, de que los Lacedemonios intentaban novedades, pensaba en castigarlos, y ellos, disponiéndose a la guerra, traían revuelto el Peloponeso; mas en tanto, Filopemen trataba de reprimir y apaciguar el enojo de Diófanes, mostrándole que la ocasión en que el rey Antíoco y los Romanos amenazaban a los Griegos con tan grandes fuerzas ponía al general en la necesidad de fijar allí su atención, no tocando los negocios de casa y haciendo como que no se veían ni se oían los errores de los propios. No le dio oídos Diófanes, sino que con Tito Flaminio entró por la Laconia, y como se encaminasen hacia la capital, irritado Filopemen se determinó a un arrojo, no muy seguro ni del todo conforme con las reglas de justicia, pero grande y propio de un ánimo elevado, cual fue el de pasar a Lacedemonia; y al general de los Aqueos y al cónsul de los Romanos, con no ser más que un particular, les dio con las puertas en los ojos; calmó los alborotos de la ciudad y volvió a incorporar a los Lacedemonios en la liga como estaban antes. Más adelante, siendo general Filopemen, tuvo motivos de disgusto con los Lacedemonios, y a los desterrados los restituyó a la ciudad, dando muerte a ochenta Espartanos, según dice Polibio; pero según Aristócrates, a trescientos cincuenta. Derribó las murallas; y haciendo suertes del territorio, lo repartió a los Megalopolitanos. A todos cuantos habían de los tiranos recibido el derecho de ciudad los trasplantó, llevándolos a la Acaya, a excepción de tres mil; a éstos, que se obstinaron en no querer salir de la Lacedemonia, los hizo vender, y después, para mayor mortificación, edificó con este dinero un pórtico en Megalópolis. Indignado hasta lo sumo con los Lacedemonios, y cebándose más en los que habían sido tratados tan indignamente, consumó por fin el hecho en política más duro y más injusto, que fue el de arrancar y destruir la institución de Licurgo, obligando a los niños y a los jóvenes a cambiar su educación patria por la de los Aqueos, por cuanto nunca abatirían su orgullo, manteniéndose en las leyes de aquel legislador. Y entonces, domados con tan grandes trabajos, puestos como cera en las manos de Filopemen, se hicieron dóciles y sumisos; pero más adelante, habiendo implorado el favor de los Romanos, salieron del gobierno de los Aqueos y recobraron y restablecieron el suyo propio en cuanto fue posible después de tales calamidades y trabajos.

XVII. Cuando sobrevino la guerra de los Romanos contra Antíoco en la Grecia, Filopemen no ejercía ningún cargo, y como viese que Antíoco se entretenía con Calcis,

muy fuera de sazón, con bodas y con amores de doncellas, y que los Sirios vagaban y se divertían por las ciudades sin jefes y en el mayor desorden, se lamentaba de no tener mando, y envidiaba a los Romanos la victoria: “Porque si yo fuera general- decía-, con todos éstos acabaría en las tabernas”. Vencieron después los Romanos a Antíoco, e internándose ya más en los negocios de los Griegos, iban cercando con sus tropas a los Aqueos, ayudados de los demagogos que estaban de su parte, y su gran poder prosperaba con el favor de su genio tutelar, estando próximos a la cumbre adonde había de elevarlos la fortuna. Entonces Filopemen, fortificándose como buen piloto contra las olas, en algunas cosas se veía precisado a ceder y contemporizar; pero en las más se oponía, y a los que en el decir y hacer tenían más influjo, procuraba atraerlos al partido de la libertad. Aristeno Megalopolitano, que era el de mayor poder entre los Aqueos, no cesaba de obsequiar a los Romanos, persuadido de que aquellos no debían oponérsele ni desagradarlos en las juntas; y se dice que Filopemen lo oía en silencio, pero lo llevaba muy a mal, y que, por fin, no pudiéndose ya contener en su enojo, le dijo a Aristeno: “Hombre ¡a qué afanarte tanto por ver cumplido el hado de la Grecia!” Manio, cónsul de los Romanos, que venció a Antíoco, solicitaba de los Aqueos que permitieran la vuelta a los desterrados de los Lacedemonios, y también Tito Flaminio instaba a Manio sobre este punto; pero se opuso Filopemen, no por odio contra los desterrados, sino porque quería que aquello se hiciese por él mismo y por los Aqueos, y no por Tito, ni en obsequio de los Romanos; nombrado general al año siguiente, él mismo los restituyó a su patria: ¡tanto era su espíritu para tenerse firme y contender con los poderosos!

XVIII. Hallándose ya en los setenta años de su edad, y nombrado octava vez general de los Aqueos, concibió la esperanza de que no sólo pasaría aquella magistratura en paz, sino que el estado de los negocios le permitiría vivir sosegado lo que le restaba de vida; porque así como las enfermedades son más remisas según van faltando las fuerzas del cuerpo, de la misma manera, yendo de vencida el poder en las ciudades griegas, se extinguía y apagaba en ellas el ardor de contender; parece, no obstante, que alguna furia, como atleta aventajado en el correr, lo llevó precipitadamente al término de la vida. Porque se dice que en una conversación, celebrando los que se hallaban presentes a uno de que era hombre sobresaliente para el mando de un ejército, contestó Filopemen: “¿Cómo ha de merecer ese elogio un hombre que vivo se dejó cautivar por los enemigos?” Pues de allí a pocos días Dinócrates de Mesena, que particularmente estaba mal con Filopemen, y además se hacía insufrible a todos por su perversidad y sus vicios, separó a Mesena de la Liga Aquea, y se dirigió contra una aldea llamada Colónide con intento de tomarla. Hizo la casualidad que Filopemen se hallase a la sazón en Argos con calentura; pero recibida la noticia, al punto marchó a Megalópolis, andando en un día más de cuatrocientos estadios; partió al punto de allí en auxilio de la aldea, llevando consigo a los de a caballo, que, aunque eran los más principales y muy jóvenes, gustosos entraron en la expedición por celo y por amor a Filopemen. Encaminándose a Mesena, y encontrándose junto al collado de Evandro con Dinócrates, que también iba en busca de ellos, a éste lograron rechazarlo; pero como sobreviniesen de pronto unos quinientos que habían quedado en custodia del país de Mesena, y tomasen los vencidos las alturas luego que los vieron, temiendo Filopemen ser envuelto, y mirando también por sus tropas, dispuso su retirada por lugares ásperos, poniéndose a retaguardia, haciendo muchas veces cara a los enemigos y atrayéndolos hacia sí; ellos, sin embargo, no se atrevían a embestirle, sino que sólo correspondían con gritería y carreras desde lejos. Separábase frecuentemente por causa de aquellos jóvenes, acompañándoles de uno en uno, y con esto no advirtió que había llegado a quedarse solo entre gran número de enemigos; nadie se atrevía, en verdad, a venir a las manos

con él; pero de lejos le impelían y arrastraban a sitios pedregosos y cercados de precipicios, de manera que con dificultad gobernaba y aguijaba el caballo. La vejez, por la vida ejercitada que había tenido, le era ligera y en nada le estorbaba para salvarse; pero entonces, falto de fuerzas por la debilidad del cuerpo, y fatigado con tanto caminar, se había puesto pesado y torpe, y un tropiezo del caballo lo derribó al suelo. La caída fue terrible, y habiendo recibido el golpe en la cabeza quedó por largo rato sin sentido; tanto, que los enemigos, teniéndole por muerto, intentaron volver el cuerpo y despojarle; mas como levantando la cabeza se hubiese puesto a mirarlos, acudiendo en gran número le echaron las manos a la espalda, y, atándolo, se lo llevaron, usando de mil improperios e insultos con un hombre que ni por sueño podía haber temido semejante cosa de Dinócrates.

XIX. En la ciudad, llegada la noticia, se pusieron muy ufanos, y corrieron en tropel a las puertas; pero cuando vieron que traían a Filopemen de un modo tampoco correspondiente a su gloria y sus anteriores hazañas y trofeos, los más se compadecieron y consternaron, hasta el punto de llorar y de despremiar el poder humano, teniéndole por incierto y por nada. Así, al punto corrió entre los más la voz favorable de que era preciso tener presentes sus antiguos beneficios y la libertad que les había dado, redimiéndoles del tirano Nabis; pero unos cuantos, queriendo congraciarse con Dinócrates, proponían que se le diese tormento y se le quitase la vida, como enemigo poderoso y difícil de aplacar, y mucho más temible para Dinócrates si lograba salvarse después que éste le había maltratado y hecho prisionero. Mas lo que por entonces hicieron fue llevarlo al que llamaban Tesoro, un edificio subterráneo al que no penetraban de afuera ni el aire ni la luz, y que no tenía puertas, sino que lo cerraban con una gran piedra que ponían a la entrada; encerrándolo, pues, en él, y arrimando la piedra, colocaron alrededor centinelas armados. Los soldados aqueos, luego que se rehicieron un poco de la fuga, echaron de menos a Filopemen sospechándole muerto, y estuvieron mucho tiempo llamándolo y tratando entre sí sobre cuán vergonzosa e injustamente se salvarían, habiendo abandonado a los enemigos un general que tanto había expuesto su vida por ellos; fueron, pues, más adelante con gran diligencia, y ya tuvieron noticia de cómo había sido cautivado, la que anunciaron a las ciudades de los Aqueos. Fue ésta para todos de grandísima pesadumbre y determinaron reclamar de los Mesenios a su general, enviando al intento una embajada, y entre tanto se preparaban para la guerra.

XX. Esto fue lo que hicieron los Aqueos; mas Dinócrates, temiendo en gran manera que en el tiempo mismo hallase su salvamento Filopemen, y deseando prevenir las disposiciones de los Aqueos, luego que fue de noche y que la muchedumbre de los Mesenios se retiró, abriendo el calabozo hizo entrar en él al ministro público, y ordenó que llevando un veneno se le propinara, sin apartarse de allí hasta que lo hubiese bebido. Estaba echado sobre su manto sin dormir, entregado al pesar y sobresalto; cuando vio luz y cerca de sí aquel hombre que tenía en la mano la taza de veneno, incorporándose con mucho trabajo, a causa de su debilidad, se sentó, y tomando la taza le preguntó si tenía alguna noticia de sus soldados, y especialmente de Licortas.

Respondióle el ministro que los más habían logrado salvarse; dio con la cabeza señal de aprobación, y mirándole benignamente, “buena noticia me da,- le dijo-, pues que no todo lo hicimos desgraciadamente”; y sin decir ni articular más palabra, bebió y volvió otra vez a acostarse. El veneno no encontró obstáculo para producir su efecto, pues estando tan débil lo acabó muy pronto.

XXI. Luego que la noticia de su muerte se difundió entre los Aqueos, las ciudades todas cayeron en la aflicción y desconsuelo, y, concurriendo a Megalópolis toda la juventud con los principales, no quisieron poner dilación ninguna en el castigo, sino que,

eligiendo por general a Licortas, se entraron por la Mesena, talando y molestando el país, hasta que, llamados a mejor acuerdo, dieron entrada a los Aqueos. Dinócrates se apresuró por sí mismo a quitarse la vida; de los demás, cuantos dieron consejo de deshacerse de Filopemen, también se dieron por sí mismos la muerte; a los que aconsejaron que se le atormentase los hizo atormentar Licortas. Quemaron luego el cuerpo de Filopemen, y, recogiendo en una urna los despojos, dispusieron su conducción, no en desorden y sin concierto, sino reuniendo con las exequias una pompa triunfal, porque a un mismo tiempo se les veía ceñir coronas y derramar lágrimas; y juntamente con los enemigos cautivos y aherrojados se veía la urna tan cubierta de cintas y coronas, que apenas podía descubrirse. Llevábala Polibio, hijo del general de los Aqueos, y a su lado los principales de éstos. Los soldados, armados y con los caballos vistosamente enjaezados, seguían la pompa, ni tan tristes como en tan lamentable caso, ni tan alegres como en una victoria. De las ciudades y pueblos del tránsito salían al encuentro como para recibirle cuando volvía del ejército; acercábanse a la urna y concurrían a llevarla a Megalópolis. Cuando ya pudieron incorporárseles los ancianos con las mujeres y los niños, el llanto del ejército discurrió por toda la ciudad, afligida y desconsolada con tal pérdida, previendo que decaía al mismo tiempo de la gloria de tener el primer lugar entre los Aqueos. Diósele, pues, honrosa sepultura como correspondía, y en las inmediaciones de su sepulcro fueron apedreados los cautivos de los Mesenios. Siendo muchas sus estatuas y muchos los honores que las ciudades le decretaron, hubo un Romano que en los infortunios que la Grecia experimentó en Corinto propuso que se destruyeran todas para perseguirle después de muerto, en manifestación de que en vida había sido contrario y enemigo de los Romanos. Se trató este asunto y se hicieron discursos en él, respondiendo Polibio al calumniador, y ni Mumio ni los legados consintieron en que se quitasen los monumentos de tan insigne varón, sin embargo de la contradicción que en él habían experimentado Tito y Manio; y es que aquellos supieron preferir, según parece, la virtud a la conveniencia y lo honesto a lo útil, juzgando recta y racionalmente que a los bienhechores se les debe el premio y el agradecimiento por los que recibieron el beneficio, pero que a los hombres virtuosos les debe ser tributado honor por todos los buenos. Y esto baste de Filopemen.

## Tito

I. Cuál haya sido el semblante de Tito Quincio Flaminio, que comparamos a Filopemen, pueden verlo los que gusten en un busto suyo de bronce, que, con una inscripción en caracteres griegos, se conserva en Roma, junto al Apolo grande traído de Cartago, enfrente del circo; en cuanto a sus costumbres, dicese que fue de genio pronto para la ira y para los favores, aunque no del mismo modo, pues siendo ligero y no rencoroso en el castigar, los beneficios los llevaba hasta el extremo, mirando constantemente con amor e inclinación a aquellos a quienes había favorecido como si hubieran sido sus bienhechores, teniéndolos por la mejor posesión; así los conservó siempre en su amistad y se interesó por ellos. Siendo por carácter muy amante de honores y codicioso de gloria, aspiraba a hacer por sí acciones generosas e ilustres, y se complacía más en hacer bien a los que a él acudían que en ganarse la voluntad de los poderosos, considerando a aquellos como objeto de su virtud, y a éstos como rivales de su gloria. Educado en la crianza propia de las costumbres militares, por haber tenido en aquella época Roma muchas y porfiadas guerras y ser éste el arte que aprendían los

jóvenes ante todas cosas, primero fue tribuno en la guerra contra Aníbal a las órdenes de Marcelo, entonces cónsul. Muerto Marcelo en una celada, fue Tito nombrado prefecto de la región tarentina, y luego del mismo Tarento, después de recobrado, donde se acreditó en gran manera, no menos por su justicia que por sus disposiciones militares, por lo cual, habiéndose enviado colonias a dos ciudades, a Narnia y Cosa, fue para su establecimiento nombrado presidente y fundador.

II. Dióle esto grande confianza, saltando por encima del tribunado de la plebe, de la pretura y de la edilidad, magistraturas intermedias y propias de los jóvenes, para aspirar, desde luego, al consulado, en lo que tenía muy de su parte a los de las colonias; pero habiéndole hecho oposición los tribunos de la plebe Fulvio y Manlio, por decir ser cosa muy dura que un joven se arrojara contra las leyes a la magistratura más elevada, sin estar todavía iniciado en los primeros ritos y misterios del gobierno, el Senado dejó la decisión al pueblo, y éste le designó cónsul con Sexto Elio, a pesar de que aún no había cumplido treinta años. Cúpole por suerte la guerra contra Filipo y los Macedonios, siendo grande la dicha de los Romanos en que éste fuese así destinado a entender en negocios, y con personas que, en vez de necesitar un general que todo lo hiciese por fuerza y con armas, debían más bien ser conducidas con la persuasión y con la afabilidad de trato. Porque Filipo en su reino de Macedonia tenía el fundamento suficiente para la guerra; pero la fuerza principal para dilatarla, el auxilio, refugio e instrumento de su ejército, consistía sobre todo en el poder de los Griegos, y, sin que éstos se separasen de Filipo, la guerra contra él no era obra de una sola campaña. Hasta allí la Grecia había tenido poco contacto con los Romanos, y empezando entonces a tomar éstos parte en los negocios, si el general no hubiese sido de buena índole, valiéndose más de las palabras que de las armas, tratando con afabilidad y dulzura a cuantos se le acercaban, y manifestando mucha entereza en las cosas de justicia, no hubiera sido tan fácil que en lugar del gobierno a que estaban acostumbrados admitiesen el imperio extranjero; lo que se manifestará todavía mejor por la serie de sus hechos.

III. Enterado Tito de que los generales que le habían precedido, Sulpicio y Publio, pasando tarde a la Macedonia y tomando la guerra con flojedad, habían gastado sus fuerzas en combates de puestos y en contender con Filipo en escaramuzas sobre el paso y sobre las provisiones, se propuso no imitar a aquellos que perdían un año en casa en los honores y negocios políticos y a lo último pensaban en la guerra, ejecutando él lo mismo de ganar a su mando un año para los honores y los negocios, haciendo de cónsul en el uno y de general en el otro, sino dedicar con empeño a la guerra todo el tiempo en que ejerciese su autoridad, no haciendo cuenta de los honores y prerrogativas que en la ciudad le corresponderían. Pidió, pues, al Senado que le diera a su hermano Lucio para que a sus órdenes mandase la armada; y tomando de las tropas que con Escipión habían vencido a Asdrúbal en España, y en África al mismo Aníbal, lo más florido y arriscado para su principal apoyo, viniendo a ser unos tres mil hombres, dio veía al Epiro con la mayor confianza. Como Publio, teniendo establecido su campo en contraposición del Filipo, que hacía mucho tiempo guardaba los desfiladeros y gargantas del río Apso, no pudiese adelantar un paso por lo inexpugnable del terreno, luego que lo observó se encargó del mando, y despidiendo a Publio se dedicó a reconocer toda la comarca. Son aquellos lugares no menos fuertes que los del valle de Tempe; pero no presentan aquella belleza de árboles, aquella frescura de los bosques ni aquellos prados y sitios amenos. Los montes grandes y elevados de una y otra parte van a parar a un barranco dilatado y profundo, por el que discurre el Apso, que en su aspecto y rapidez se parece al Peneo; pero cubriendo toda la falda, sólo deja un camino cortado muy pendiente y estrecho junto a la misma corriente; paso muy dificultoso para un ejército, y, si hay quien lo defienda, inaccesible.

IV. Había quien proponía a Tito que fuese a dar la vuelta por la Dasarétide, junto al Lico, tornando así un camino transitable y fácil; pero temió no fuera que internándose por lugares ásperos y de escasas cosechas, y acosándole Filippo sin presentarle batalla, le faltasen los víveres, y reducido otra vez a la inacción, como su predecesor, tuviera que retroceder hacia el mar, por lo que determinó marchar con todo su ejército por las alturas y abrirse paso a viva fuerza. Ocupaba Filippo las montañas con su infantería; llovían por todas partes sobre los Romanos dardos y flechas tirados oblicuamente, tenían heridos, se trababan reñidos combates y había muertos de unos y otros; pero de ninguna manera aparecía cuál sería el término de aquella guerra. En este estado se presentaron unos pastores de los de aquellos contornos, manifestando que había cierto rodeo ignorado de los enemigos, y ofreciendo que por él conducirían el ejército, y al tercer día le darían puesto sobre las eminencias, de lo que daban por fiador, haciéndose todo con su conocimiento, a Cárope el de Macatas, muy principal entre los Epirotas y apasionado de los Romanos, a los que, sin embargo, no auxiliaba sino con reserva, por miedo de Filippo. Creyólos Tito, y destacó a un tribuno con cuatro mil infantes y trescientos caballos, yendo de guía los pastores, a los que llevaban atados. Reposaban por el día, procurando ocultarse entre rocas y matorrales, y hacían su camino de noche, a la luz de la luna, que estaba en su lleno. Enviado que hubo Pito este destacamento, no emprendió nada en aquellos días, sino lo preciso para que no cesaran los enemigos en sus escaramuzas de lejos; pero en el que debían aparecer ya sobre las eminencias los de la marcha, al amanecer puso en movimiento sus tropas de todas armas, y, haciendo tres divisiones, por sí mismo dirigió su hueste por el camino recto hacia la garganta por donde discurre el río, acosado de los Macedonios, y teniendo que lidiar con cuanto se le oponía en aquellos malos pasos. Los otros procuraban combatir de uno y otro lado, trepando denodadamente por los desfiladeros, a tiempo que ya se dejó ver el sol y a lo lejos un humo no muy espeso, sino a manera de neblina de los montes, yéndose mostrando poco a poco; el cual no fue advertido de los enemigos porque les caía a la espalda, como lo estaban las eminencias ocupadas. Los Romanos, en tanto, estaban inciertos con aflicción y trabajo, aunque tenían la esperanza en lo que deseaban; mas cuando el humo tomó ya más cuerpo, oscureciendo el aire y difundiéndose por arriba, y entre él apareció que las lumbradas eran amigas, los unos acometieron vigorosamente con algazara, arrojando a los enemigos hacia los derrumbaderos, y los de la espalda correspondieron también con gritería desde las alturas.

V. Por tanto, todos se entregaron a una precipitada fuga; mas no murieron sino como dos mil o menos, porque los malos pasos impidieron que se les persiguiese. Tomaron los Romanos mucha riqueza, tiendas y esclavos, y, haciéndose dueños de todas las gargantas, discurrían por el Epiro con tanto sosiego y continencia, que con tener a mucha distancia las embarcaciones y el mar, y no distribuírseles las raciones mensuales por faltar los acopios, no tuvieron inconveniente en abstenerse de saquear un país que les ofrecía grandes recursos. Porque habida noticia de que Filippo atravesaba la Tesalia a manera de fugitivo, en términos de hacer a los hombres retirarse a las montañas, de incendiar las ciudades y de entregar al saqueo y al pillaje lo que no podía llevarse, como si hiciera ya cesión del país a los Romanos, Tito tomó a punto de honra el encargar a los soldados que marcharan por él con el mismo cuidado que si fuera terreno propio, del cual se les abandonaba la posesión. Y bien pronto pudieron conocer cuán útil les había sido este modo de portarse, porque las ciudades se pasaban a su partido apenas tocaron en la Tesalia, y los Griegos que están dentro de las Termópilas suspiraban por Tito, y le deseaban con vehemencia. Los Aqueos, separándose de la alianza de Filippo, determinaron hacerle la guerra con los Romanos; y los Opuncios, no obstante que siendo los Etolos decididos auxiliares de los Romanos deseaban tomar y conservar su

ciudad, no les dieron oídos, sino que llamando ellos mismos a Tito se pusieron en su mano y se le entregaron a discreción. Refiérese de Pirro que la primera vez que desde una atalaya pudo ver un ejército romano puesto en orden, exclamó que no le parecía bárbara la formación de aquellos bárbaros; pues los que tuvieron ocasión de conocer a Tito casi hubieron de prorrumpir en las mismas palabras: porque como los Macedonios les hubiesen informado de que se encaminaba a su país el general de un ejército bárbaro que todo lo trastornaba y esclavizaba con las armas, cuando después se hallaban con un hombre joven, afable en su semblante, griego en la voz y en el idioma y ambicioso del verdadero honor, es increíble cómo se tranquilizaban, y la benevolencia y amor que le conciliaban por las ciudades, que no tenían entonces un general interesado en su libertad. Pero luego que por haberse mostrado Filippo dispuesto a negociar pasó a tratar con él, ofreciéndole paz y amistad con la condición de dejar independientes a los Griegos y retirar las guarniciones, y éste no quiso convenir en ello, conocieron ya todos, aun los que más obsequiaban a Filippo, que los Romanos no venían a hacer la guerra a los Griegos sino por amor de los Griegos a los Macedonios.

VI Pasábasele, pues, todos los pueblos sin oposición, y habiendo entrado en la Beocia sin aparato de guerra, se le presentaron los primeros ciudadanos de Tebas, siendo en su ánimo del partido del rey de Macedonia a causa de Braquilas, pero agasajándole y honrándole como si tuviesen igual amistad con ambos. Recibiólos Tito con la mayor afabilidad, y dándoles la mano continuó pausadamente su camino, haciéndoles preguntas, tomando noticias, conversando con ellos y deteniéndolos de intento hasta que los soldados se repusiesen de la marcha. De este modo llegó a la capital y entró en ella juntamente con los Tebanos, que, aunque no eran gustosos de ello, no se atrevieron a estorbárselo, por ser bastante el número de tropas que le seguían. Entró, pues, Tito en la ciudad, sin que ésta fuese de su partido, y procuró atraerla a él ayudado del rey Átalo, que también exhortaba a los Tebanos; mas esforzándose Átalo para mostrarse a Tito orador más vehemente de lo que su vejez permitía, o le dio un vértigo o se le atravesó una flema, a lo que parece, pues de repente cayó sin sentido, y conducido en sus naves al Asia, al cabo de pocos días murió, y los Tebanos abrazaron efectivamente la causa de Roma.

VII. Envió Filippo embajadores a Roma, y también envió Tito quien negociase que el Senado le prorrogara el tiempo si había de continuarse la guerra, o le concediera que él fuese quien ajustara la paz, pues estando poseído de un ardiente deseo de gloria, temía que se lo arrebatara de las manos del nuevo general que se nombrase para la guerra. Proporcionáronle sus amigos que Filippo no saliera con su propósito y que se le conservara el mando; luego que recibió el decreto, alentado con grandes esperanzas, se encaminó al punto hacia la Tesalia para continuar la guerra contra Filippo, teniendo a sus órdenes sobre veintiséis mil hombres, para cuyo número habían dado los Etolos seis mil infantes y cuatrocientos caballos. El ejército de Filippo, en el número, venía a ser casi igual. Partieron en busca unos de otros, y habiendo llegado cerca de Escotusa, donde pensaban dar la batalla, no concibieron los generales aquel temor regular por verse tan cerca, sino que, al revés, fue mayor en unos y en otros el ardor y la confianza: en los Romanos, por esperar vencer a los Macedonios, cuyo nombre por Alejandro iba acompañado de la idea del valor y del poder, y en los Macedonios, porque aventajándose los Romanos a los Persas, de quedar superiores a aquellos, se seguiría que Filippo sobrepujase en gloria al mismo Alejandro. Por tanto, Tito exhortaba a sus soldados a que se mostrasen esforzados y valientes, teniendo que lidiar en el más brillante teatro, que era la Grecia, contra los contendores de más fama. Filippo, bien fuese por su mala suerte, o bien por un apresuramiento intempestivo, como estuviese cerca un cementerio algo elevado, subiéndose a él, empezó a tratar y disponer lo que suele

preceder a una batalla; pero sobrecogido de un gran desaliento, de resulta de la observación de las aves, no se determinó por aquel día.

VIII. Al siguiente, al amanecer después de una noche húmeda y lluviosa, degenerando las nubes en niebla, ocupó toda la llanura una oscuridad profunda, y descendiendo de las alturas un aire espeso por entre los ejércitos, desde el punto de rayar el día ocultaba las posiciones. Los enviados de una y otra parte, en guerrillas y en descubierta, encontrándose repentinamente, trababan pelea en las llamadas Cinoscéfalas, que siendo las cumbres agudas de unos collados espesos y paralelos, de la semejanza de su figura tomaron aquel nombre. Alternaban, como era natural, en aquellos lugares ásperos, las vicisitudes de perseguir y ser perseguidos, y unos y otros enviaban refuerzos desde los ejércitos a los que peleaban, y se retiraban, hasta que, despejado ya el aire, viendo lo que pasaba, acometieron con todas sus fuerzas. Cargaba Filippo con su ala derecha, arrojando sobre los Romanos desde lugares elevados lo más fuerte de sus tropas, de manera que aun los más esforzados de aquellos no podían sostener lo pesado de su apiñamiento y la violencia de la acometida. El ala izquierda, por el estorbo de los collados, tenía claros y desuniones, y Tito, no curando de los que iban de vencida, se dirigió con ímpetu por esta otra parte contra los Macedonios, que no podían traer a formación y estrechar las filas, en lo que consistía la principal fuerza de su falange, a causa de la desigualdad y aspereza del terreno, y que para los combates singulares tenían armas muy pesadas y difíciles de manejar: porque la falange en su fortaleza se parece a un animal invencible mientras es un solo cuerpo y conserva su apiñamiento en un solo orden, pero desunida pierde cada uno de los que pelean de su fuerza, ya por la clase de la armadura, y ya porque no tanto viene su pujanza de él mismo como de la reunión de todos. Desbaratados éstos, unos se dieron a perseguir a los que huían, y otros, corriendo a la otra parte, herían y acosaban por los costados a los Macedonios mientras combatían de frente; de manera que muy en breve también los vencedores se desordenaron y dieron a huir arrojando las armas. Murieron por lo menos ocho mil, y unos cinco mil quedaron cautivos; y si Filippo pudo salvarse con seguridad, la culpa fue de los Etolos, que, mientras los Romanos seguían todavía el alcance, se entregaron al pillaje y saqueo del campamento, en términos que cuando aquellos volvieron ya nada encontraron.

IX. Indispusieronse por esto, y empezaron a decirse denuestos unos a otros; pero lo que a Tito más le incomodaba era que los Etolos se atribuían la victoria, apresurándose a hacer correr esta voz entre los Griegos: tanto, que los poetas y los particulares, celebrando esta jornada, les escribieron y cantaron a ellos los primeros; siendo el cantar más común este epigrama: Treinta mil de Tesalia ¡oh peregrino! sin gloria y sin sepulcro aquí yacemos, de los Etolos en sangrienta guerra domados, y también de los Latinos que Tito trajo de la hermosa Italia, Huyó ¡miseria Ematia! en veloz curso de Filippo el espíritu arrogante, más que los ciervos tímido y ligero. Hizo este epigrama Alceo en injuria y afrenta de Filippo, y para ello exageró falsamente el número de los muertos; pero cantándose por todas partes y por todos, más mortificación causaba a Tito que a Filippo, el cual, zahiriendo a su vez a Alceo, añadió lo siguiente: Lábrase en este monte ¡oh peregrino! de infeliz leño sin corteza y rama excelsa cruz al detestable Alceo. A Tito, pues, que aspiraba a adquirir gloria entre los Griegos, causaban estas cosas tal disgusto, que todo lo que restaba lo ejecutó por sí solo sin hacer cuenta de los Etolos. Irritábanse éstos; y como Tito admitiese las proposiciones y embajada de Filippo acerca de la paz, recorrían aquellos las ciudades exclamando que se vendía la paz a Filippo, cuando se podía cortar la guerra de raíz y destruir aquel poder que fue el primero en esclavizar la Grecia. Mientras los Etolos se afanaban por difundir estas voces y conmover a los aliados, presentóse el mismo Filippo a negociar, y desvaneció toda



sospecha entregando a Tito y a los Romanos cuanto le pertenecía. De este modo terminó Tito aquella guerra; y del reino de Macedonia hizo donación al mismo Filipo; pero le intimó que había de retirarse de la Tracia, le multó en mil talentos, le quitó todas las naves, a excepción de diez, y tomando en rehenes a Demetrio, uno de sus hijos, le envió a Roma, aprovechando excelentemente la ocasión y consultando con no menor prudencia a lo venidero. Justamente entonces el africano Aníbal, grande enemigo de los Romanos, y que andaba desterrado, se había acogido ya al rey Antíoco, y le excitaba a que echase el resto a su fortuna, cuando el poder se le iba viniendo a las manos por los ilustres hechos que tenía ejecutados y que le habían granjeado el sobrenombre de grande: animábale, por tanto, a que extendiera sus miras al mando universal, y le excitaba sobre todo contra los Romanos. Si Tito, pues, no hubiera con admirable prudencia admitido las proposiciones, sino que con la guerra de Filipo se hubiera juntado en la Grecia la de Antíoco, y por causas que les eran comunes se hubieran coligado contra Roma los dos mayores y más poderosos reyes de aquella era, se habría visto de nuevo en combates y peligros en nada inferiores a los de Aníbal; pero ahora, interponiendo Tito oportunamente la paz entre ambas guerras, y cortando la presente antes de que tuviese principio la que amenazaba, a aquella le quitó la última esperanza y a ésta la primera.

X. Envío el Senado con esta ocasión a Tito diez legados, y éstos eran de sentir que se diera libertad a los demás Griegos; pero quedando con guarniciones Corinto, la Cálcede y la Demetriadé para mayor seguridad en la guerra con Antíoco, entonces los Etolos, hábiles en la calumnia, sublevaban con mayor calor las ciudades, requiriendo por una parte a Tito para que le quitara a la Grecia los grillos- porque éste era el nombre que solía dar Filipo a estas ciudades-, y preguntando por otra a los Griegos si, llevando ahora una cadena más pesada, aunque más bellamente forjada que la de antes, se hallaban contentos y celebraban a Tito como a su bienhechor porque habiendo desatado a la Grecia por los pies la había ligado por el cuello. Desazonábase Tito con estos manejos, sintiéndolos vivamente; y por fin, a fuerza de ruegos, en la junta consiguió de ésta que también se quitaran las guarniciones de las mencionadas ciudades, para que así el reconocimiento de los Griegos hacia él fuese completo. Celebrábanse los Juegos Ístmicos, y había gran concurso en el estadio para ver los combates, como era natural, cuando la Grecia reposaba de una guerra hecha por largo tiempo, con la esperanza de la libertad, y se reunía en medio de una paz segura. Hízose con la trompeta la señal de silencio, y presentándose en medio el pregonero, anunció que el Senado de los Romanos y el cónsul Tito Quincio, su general, después de haber vencido al rey Filipo y a los Macedonios, declaraban libres de tener guarniciones, exentos de todo tributo, y no sujetos a otras leyes que las propias de cada pueblo, a los Corintios, Locros, Focenses, Eubeos, Aqueos, Ftiotas, Magnesios, Tésalos y Perreos. Al principio no lo entendieron todos ni lo oyeron bien, por lo que se excitó en el estadio un movimiento extraño y una grande inquietud, admirándose unos, preguntando otros, y pidiendo que se repitiese. Hízose, pues, silencio de nuevo, y después que, habiendo esforzado el pregonero la voz, todos oyeron y comprendieron el pregón, fue grande la gritería que con el gozo se movió, difundiéndose hasta el mar; pusiéronse en pie todos los del teatro, y ya nadie dio la menor atención a los combatientes, sino que todos corrieron a arrojar a los pies y tomar la diestra del que saludaban como salvador y libertador de la Grecia. Vióse entonces lo que muchas veces se ha dicho por hipérbole acerca de la gran fuerza de la voz humana: porque unos cuervos que por casualidad volaban por allí cayeron al estadio. La causa fue, sin duda, haberse cortado el aire, porque cuando suben muchos gritos altos y reunidos, dividido el aire por ellos, no sostiene a las aves que vuelan, sino que hay cierto hueco, como sucede a los que dan un paso en vago: a no ser que sea que

reciban golpe como si les alcanzara un tiro, y con él caigan y mueran. También puede acontecer que se formen torbellinos en el aire, a manera de los remolinos del mar, que toman ímpetu vertiginoso de la magnitud del mismo piélago.

XI Por lo que hace a Tito, si luego que se concluyó la celebración no hubiera evitado con previsión el concurso y atropellamiento de la muchedumbre, no se alcanza cómo habría salido de él, siendo tantos los que por todas partes le rodeaban. Cuando ya se fatigaron de vitorearle delante de su pabellón, siendo ya de noche, saludando y abrazando a los amigos o a los ciudadanos que encontraban, se los llevaban a comer y beber en recíprocos convites. Allí, principalmente regocijados, se movía entre ellos, como era natural, la conversación de la Grecia, diciéndose que de tantas guerras como había sostenido por su libertad, nunca defendiéndola otros, había alcanzado un premio tan cierto, tan dulce y tan glorioso como aquel con que ahora le lisonjeaba la fortuna, casi sin sangre y sin lágrimas de su parte. Eran raras entre los hombres la fortaleza y la prudencia; pero el más raro de esta clase de bienes era la justicia: porque los Agesilaos, los Lisandros, los Nicias y los Alcibíades, cuando tenían mando, sabían muy bien disponer la guerra y vencer a sus contrarios por tierra y por mar, pero no entraba en sus ideas el usar de la victoria para fines rectos y en beneficio de los que tenían a sus órdenes, sino que si sacamos de esta cuenta la jornada de Maratón, el combate naval de Salamina, Platea, las Termópilas y las hazañas de Cimón junto al Eurimedonte y en Chipre, todas las demás batallas las dio la Grecia contra sí misma y para su esclavitud, y todos los trofeos que erigió fueron para ella padrones de aflicción y oprobio, siendo causa de esto, por lo común, la maldad y las disensiones de sus generales, mientras que hombres de otras naciones, que sólo parecían conservar un calor remiso y débiles vestigios del común origen, y de quienes sería mucho esperar que de palabra y con el consejo prestasen algún auxilio a la Grecia, habían sido los que a costa de grandes peligros y trabajos, arrojando de ella a los que duramente la dominaban y tiranizaban, le habían restituido la libertad.

XII. Corrían estas pláticas por la Grecia, y juntamente otras que guardaban consonancia con los pregones: porque al mismo tiempo envió Tito a Léntulo al Asia para restituir la libertad a los Bargilienses, y a Estertinio a la Tracia, con el fin de retirar de las ciudades e islas de aquella parte las guarniciones puestas por Filipo. Publio Vilio marchaba por mar a tratar con Antíoco de la libertad de los Griegos que pertenecían a su reino, y el mismo Tito, pasando a la Cálcide, y después embarcándose para Magnesia, quitó las guarniciones y restituyó a cada pueblo su gobierno. Nombrado en Argos presidente de los Juegos Nemeos, tomó acertadas disposiciones para la reunión, y allí otra vez confirmó a los Griegos la libertad con nuevo pregón. Visitando en seguida las ciudades, les dio buenas ordenanzas y recta justicia, y la concordia y paz de unos con otros, sosegando las sediciones, restituyendo los desterrados y teniendo en unir y reconciliar a los Griegos no menor placer que en haber vencido a los Macedonios: de manera que ya la libertad les parecía el menor de sus beneficios. Refiérese que el filósofo Jenócrates, cuando Licurgo el orador le libertó de la prisión adonde le llevaban los publicanos, e introdujo además contra éstos la acción de injurias, encontrándose con los hijos de Licurgo, les dijo: “¡A fe mía que he pagado bien a vuestro padre!, porque todos celebran lo que conmigo ha ejecutado.” Pues a Tito y a los Romanos la gratitud por los grandes bienes dispensados a la Grecia, no sólo les proporcionó elogios, sino confianza y poder entre todos los hombres: porque no contentándose con admitir sus generales, los enviaban a buscar y los llamaban para entregárseles. Así él mismo estaba sumamente satisfecho con haber procurado la libertad de la Grecia, y habiendo consagrado en Delfos unos paveses de plata y su propio escudo, puso esta inscripción: ¡Salve! Dioscuros, prole del gran Zeus, al Placer dados de ágiles caballos: ¡Salve! hijos de

Tíndaro, que reyes fuisteis de Esparta, esta sublime ofrenda el Enéada Tito en vuestras aras ledo consagra, por haber labrado la libertad de la oprimida Grecia. Dedicó también a Apolo una corona de oro con estos versos: Descanse esta corona, ínclito Febo, sobre tu rubia y crespa cabellera. De la raza de Eneas el caudillo te la ofrece, Flechero, y da tú en premio gloria y honores al divino Tito. Ocurrió dos veces este mismo suceso en la ciudad de Corinto; Porque hallándose en ella Tito, y después igualmente Nerón en nuestra edad, a la sazón de celebrarse los Juegos Ístmicos, declararon a los Griegos libres e independientes: aquel, por medio de pregonero, como dejamos dicho, y Nerón, por sí mismo, hablando en la plaza al concurso desde la tribuna, lo que, como se ve, fue mucho más adelante.

XIII. Empezó después Tito la más debida y justa guerra contra Nabis, el más insolente e injusto de los tiranos de Lacedemonia; pero al fin frustró en cuanto a ella las esperanzas de la Grecia, pues pudiendo acabar con aquel, desistió del intento, entrando en tratados y abandonando a Esparta en su ignominiosa servidumbre; de lo que pudo ser causa, o el temor de que dilatándose la guerra viniera de Roma otro general que le usurpara su gloria, o cierta emulación y secreta envidia por los honores de Filopemen, pues siendo un varón sobresaliente entre los Griegos, que en otras guerras y en aquella misma había dado maravillosas muestras de valor e inteligencia, como lo celebrasen los Aqueos al par de Tito y aplaudiesen en los teatros, mortificaba a éste el que a un hombre árcade, caudillo de guerras insignificantes, hechas dentro de su propio país, le igualaran en los honores con un cónsul de los Romanos, libertador de la Grecia. Aun se defendió Tito de este cargo, diciendo que suspendió la guerra luego que advirtió que no se podía acabar con el tirano sin causar gravísimos males a los demás Espartanos. Fueron grandes los honores que también los Aqueos decretaron a Tito; y aunque parecía que ninguno podía medirse con sus beneficios, hubo uno que llenó enteramente sus deseos, y fue el siguiente. De los infelices vencidos en la guerra de Aníbal, muchos habían sido vendidos, y se hallaban en esclavitud en diferentes partes. En la Grecia venía a haber unos mil doscientos, muy dignos siempre de compasión por su estado, pero mucho más entonces, que unos se encontraban con sus hijos, otros con sus hermanos o deudos, esclavos con libres y cautivos con vencedores. No se atrevía Tito a sacarlos del poder de sus dueños, sin embargo de que le afligía mucho su suerte; pero los Aqueos los rescataron a razón de cinco minas por cada uno, y formándolos en un cuerpo, hicieron entrega de ellos a Tito cuando ya estaba para hacerse a la vela; con lo que emprendió su navegación sumamente contento, viendo que sus gloriosas hazañas habían tenido gloriosas recompensas dignas de un varón ilustre y amante de sus conciudadanos; lo que fue también lo más brillante y esclarecido de su triunfo, porque aquellos rescatados, siendo costumbre de los esclavos, cuando se les da libertad, cortarse el cabello y ponerse gorros, practicaron esto mismo, y en esta forma seguían en su triunfo a Tito.

XIV. Hacíanle también vistoso los despojos llevados en la pompa; yelmos griegos, rodela y lanzas macedónicas; la cantidad de dinero no era tampoco pequeña, habiendo dejado escrito Tuditano que de oro en barras se llevaron en triunfo tres mil setecientas y treinta libras, de plata treinta y tres mil doscientas y sesenta, filipos, que era una moneda de oro, trece mil quinientos y catorce, y además de todo esto los mil talentos que debía pagar Filipo; pero de éstos más adelante le indultaron los Romanos a persuasión de Tito, recibéndole por aliado, y al hijo le dejaron también libre de su fiaduría.

XV. Cuando Antíoco, pasando a la Grecia con grande armada y numeroso ejército, inquietó y trajo a su partido diferentes ciudades, tuvo en su auxilio a los Etolos, que hacía tiempo se mostraban contrarios y enemigos del pueblo romano; y éstos le sugirieron para la guerra el pretexto de que venía a dar libertad a los Griegos, que ninguna necesidad tenían para esto de su poder, pues que eran libres; sino que a falta de

una causa decente, los enseñaron a valerse del más recomendable de todos los nombres. Temieron en gran manera los Romanos esta sublevación y la opinión del poder de Antíoco, y aunque enviaron por general de esta guerra a Manio Acilio, nombraron a Tito su legado militar, en consideración a las relaciones que tenía con los Griegos, así es que a muchos con su sola presencia al punto los aseguró en su fidelidad; y a otros que ya empezaban a flaquear, usando en tiempo con ellos, como de una medicina, de su benevolencia y afabilidad, los contuvo y les impidió que del todo errasen. Muy pocos fueron los que le faltaron a causa de estar de antemano preocupados y seducidos por los Etolos, y aunque justamente enojado e irritado contra éstos, con todo, después de la batalla los protegió. Porque vencido Antíoco en las Termópilas, al punto huyó y se retiró con su armada al Asia; entonces el cónsul Manio, yendo contra los Etolos, a unos les puso sitio, y en cuanto a otros, dio al rey Filipo la comisión de que los redujese. Habiendo maltratado y vejado el Macedonio de una parte a los Dólopes y Magnetes, y de otra a los Atamanes y Aperantes, y el mismo cónsul talado a Heraclea, y puesto cerco a Naupacto, que estaba por los Etolos, movido Tito a compasión de los Griegos, partió desde el Peloponeso en busca del cónsul. Hízole cargo ante todas cosas de que, habiendo sido él el vencedor, dejaba que Filipo cogiese el premio de la guerra, y de que malgastando el tiempo por encono ante una sola ciudad, subyugasen en tanto los Macedonios reinos y naciones enteras. Después, como los sitiados llegasen a verle, empezaron a llamarle desde la muralla, tendiendo a él las manos y suplicándole; y por lo pronto nada dijo, sino que volvió el rostro y se retiró llorando; mas luego trató con Manio, y aplacando su enojo, obtuvo que se concedieran treguas a los Etolos y el tiempo necesario para que, enviando embajadores a Roma, pudieran alcanzar condiciones más tolerables.

XVI Los ruegos y súplicas en que más tuvo que contender y trabajar con Manio fueron los de los Calcidenses, que le tenían muy irritado con motivo del matrimonio que entre ellos contrajo Antíoco, movida ya la guerra: matrimonio desigual y fuera de tiempo por haberse enamorado un viejo de una mocita, la cual era hija de Cleoptólemo, y se tenía por la más hermosa de las doncellas de aquella era. Este hizo que los Calcidenses abrazasen con ardor el partido del rey, y que para la guerra fuese aquella ciudad su principal apoyo, y también cuando después de la batalla se abandonó a una precipitada fuga, en Calcis fue donde tocó, y tomando la mujer, el caudal y los amigos se embarcó para el Asia Tito, cuando Manio marchó irritado contra los Calcidenses, se fue en pos de él, y lo ablandó y dulcificó, y, por último, le persuadió y sosegó completamente a fuerza de súplicas con él mismo y con los demás jefes de los Romanos. Por lo tanto, salvos los Calcidenses por su intercesión, consagraron a Tito los más bellos y grandiosos monumentos que pudieron, de los cuales todavía se leen hoy las inscripciones siguientes: “El pueblo a Tito y a Heracles este Gimnasio”; y en otra parte, en la misma forma: “El pueblo a Tito y a Apolo el Delfinio.” También en esta edad se elige y consagra un sacerdote de Tito; a quien ofrecen sacrificio, y hechas las libaciones cantan un pean o himno de victoria en verso; del cual, dejando lo demás por ser demasiado difuso, transcribimos lo que cantan al fin del himno: Objeto es de este culto la fe de los Romanos, aquella fe sincera que guardarles juramos. Cantad, festivas ninfas, a Zeus el soberano, y en pos de Roma y Tito la fe de los Romanos. ¡Io peán, oh Tito, oh Tito nuestro amparo!

XVII. A todos los Griegos les mereció las mayores honras, y sobre todo lo que hace verdaderos los honores, que es una admirable benevolencia por la suavidad de su carácter: pues si con algunos, por razón de los negocios o por amor propio, tuvo algún encuentro, como con Filopemen y después con Diófanes, que también fue general de los Aqueos, su enojo no era profundo ni se extendía a obras, sino que se quedaba en

palabras, con las que manifestaba su sentir, y aun esto de una manera urbana: así, con nadie fue áspero, aunque para algunos fuese pronto y pareciese ligero por su índole: por lo demás, tenía cualidades que lo hacían amable a todos, y en el decir no le faltaba soltura y gracia. Porque a los Aqueos, que trataban de adquirir para sí la isla de Zacinto, para retraerlos les dijo que se exponían al riesgo de las tortugas, queriendo alargar la cabeza más allá del Peloponeso. Filippo, la primera vez que se reunieron para hablar de tratados y de paz, le dijo que el mismo Tito había traído muchos consigo, cuando él había venido solo, replicando aquel al punto: “Eso es- le dijo-, porque tú mismo te has reducido a soledad, habiendo dado muerte a tus amigos y parientes.” Dinócrates de Mesena, habiéndose alegrado entre los brindis estando en Roma, se puso a danzar con un traje de mujer, y como al día siguiente se presentase a Tito pidiéndole le auxiliara en el proyecto que tenía de separar a Mesena de la liga de los Aqueos: “Veremos- le dijo-; pero me maravillo de que trayendo tales negocios entre manos, puedas cantar y bailar en un festín.” A los Aqueos, con ocasión de referirles los embajadores de Antíoco la muchedumbre de las tropas de éste, y de contarles sus diversas dominaciones, les dijo que, cenando él mismo una vez en casa de un huésped, se quejó a éste del gran número de platos, mostrando maravillarse de que hubiese habido mercado tan abundante para proveerse de aquel modo, y que el huésped le había respondido que todos se reducían a carne de puerco, diferenciándose sólo en el género de guiso y en las salsas: “pues del mismo modo añadió- no os maravilléis vosotros ¡oh Aqueos! de las grandes fuerzas de Antíoco al oír lanceros, azconeros, pezetairos: porque todos éstos no son más que Sirios, y sólo en las armadurillas se distinguen.”

XVIII. Después de todos estos sucesos de Grecia y de la guerra de Antíoco, se le nombró censor, que es la mayor perfección del gobierno, y tuvo por colega al hijo de aquel Marcelo que fue cinco veces cónsul. Removieron del Senado a cuatro que no eran de los de más nombre, y admitieron por ciudadanos a todos los que se habían inscrito en el censo, con tal que fuesen hijos de padres libres, precisados a ello por el tribuno de la plebe Terencio Culeón, que por enemistad con los inclinados a la aristocracia persuadió al pueblo a que así lo mandase. De los varones principales de su tiempo estaban entre sí mal avenidos Escipión Africano y Marco Catón, y de éstos escribió a aquel el primero en la lista del Senado, teniéndole por sobresaliente y aventajado en todo. Su enemistad con Catón tuvo origen en este desagradable suceso: era hermano de Tito Lucio Flaminio, de muy diversa índole que aquel: sobre todo en punto a deleites era abominable, sin respeto ninguno a la opinión pública y a la decencia. Tenía éste consigo un mozuelo a quien amaba, y que le siguió al ejército en sus expediciones y también a la provincia mientras mandó en ella. Éste, adulando a Lucio en un banquete, le dijo ser tanto el exceso con que le amaba, que había dejado de ver el duelo de unos gladiadores, sin embargo de que nunca había visto matar a un hombre, anteponiendo el gusto de acompañarle al de aquel espectáculo. Complació en esto mucho a Lucio, el cual le contestó que nada había perdido, “porque yo satisfaré- le añadió- ese tu deseo”; y haciendo que le trajesen de la cárcel a uno de los sentenciados, llamó a uno de sus esclavos, y le mandó que allí mismo en el banquete le cortase a aquel la cabeza. Valerio de Ancio dice que Lucio ejecutó lo que se deja dicho, no en obsequio de un mozuelo, sino de una amiga; mas Livio refiere haber escrito Catón en su discurso que, habiendo llegado a sus puertas un Galo tráfuga con sus hijos y su mujer, admitiéndole Lucio al banquete, le había dado muerte con su propia mano en obsequio del mozuelo amado. No sería extraño que Catón se hubiera explicado así para dar a la acusación mayor odiosidad, pero que el que sufrió aquella bárbara ejecución no fue tráfuga, sino preso y ya sentenciado; además de otros muchos lo dijo Cicerón el Orador en su libro De la vejez, poniendo las palabras en boca del mismo Catón.

XIX. Fue éste al cabo de poco nombrado censor, y haciendo el recuento del Senado removió de él a Lucio, sin embargo de ser de los consulares, en la cual afrenta se tuvo el hermano por comprendido. Por tanto, presentándose ambos al pueblo, abatidos y llorosos, pareció a los ciudadanos que pretendían una cosa justa en pedir que Catón diera la causa que había tenido para haber constituido en semejante afrenta a una casa ilustre. No se detuvo Catón, sino que compareció al momento con su colega, y preguntó a Tito si tenía noticia de lo del banquete. Como éste lo negase, hizo Catón la explicación, y provocó a Lucio a que jurase si podía decir que no era verdad algo de lo que había expuesto. Redújose entonces al silencio, y el pueblo se convenció de haber sido justa la nota que se le impuso, y acompañó a Catón con grandes demostraciones desde la tribuna. Pero Tito, llevando siempre en su ánimo el infortunio del hermano, se reunió con todos los que de antiguo eran enemigos de Catón, y como tuviese el mayor ascendiente sobre el Senado, revocó y anuló todos los arriendos, asientos y ventas que éste había hecho de los ramos de rentas públicas; y le suscitó una infinidad de causas graves, no sé si conduciéndose honesta y políticamente en mostrar por una persona propia, pero indigna, y que justamente había sido castigada, tan irreconciliable enemistad contra un varón justo y un excelente ciudadano. Mas en este tiempo tuvo el pueblo romano un espectáculo en el teatro, para el que el Senado se colocó en lugar distinguido según costumbre; y como se viese a Lucio sentado en los últimos asientos, humilde y abatido, movió a compasión, tanto, que no pudiendo sufrir la muchedumbre verle en tal estado, empezó a gritar diciéndole que pasase al otro sitio, hasta que así lo ejecutó, haciéndole lugar los consulares.

XX. Estúvole muy bien a Tito aquel carácter ambicioso y activo, mientras tuvo competente materia para ejercitarlo, ocupado en las guerras que hemos referido; porque aun después del consulado volvió a ser tribuno legionario sin que nadie le precisase. Mas retirado del mando, siendo ya bastante anciano, en la vida exenta de negocios dio harto que notar con su inquieta ansia de gloria, en la que no podía contenerse, y llevado de cuyo ímpetu parece haber ejecutado lo relativo a Aníbal, con que incurrió en el odio de muchos. Aníbal, huyendo de Cartago, su patria, se había unido con Antíoco; pero cuando éste, después de la batalla de Frigia, se halló muy contento con haber hecho la paz, tuvo Aníbal que huir de nuevo, andando errante por diferentes países, hasta que por fin se fijó en Bitinia, haciendo la corte a Prusias, sin que ninguno de los Romanos lo ignorase, y antes disimulando todos por su falta de poder y su vejez, mirándole como arrinconado de la fortuna. Enviado Tito de embajador a Prusias de parte del Senado para otros negocios, viendo allí detenido a Aníbal, se incomodó de que todavía viviese, y por más que Prusias le rogó y pidió por un hombre miserable que era su amigo, nada pudo alcanzar. Había un oráculo antiguo, según parece, acerca de la muerte de Aníbal, concebido en estos términos: De Aníbal los despojos serán cubiertos de libisa tierra: pensaba, pues, Aníbal en el África, y en que allí sería su sepulcro, porque allí acabaría sus días; pero hay en Bitinia un sitio elevado a la orilla del mar, y junto a él una aldea no muy grande que se llama Libisa. Hacía la casualidad que allí era donde residía Aníbal, pero como desconfiase siempre de Prusias por su debilidad, y temiese a los Romanos, había abierto desde su casa siete salidas subterráneas, en tal disposición, que partiendo de su cuarto la mina hasta un cierto punto, luego las salidas iban de allí muy lejos sin que se supiese adónde. Habiendo entendido, pues, la solicitud de Tito, se propuso huir por las minas; pero tropezando con los guardias del rey, determinó quitarse la vida. Algunos dicen que rodeándose el manto al cuello, y mandando a un esclavo que apretando con la rodilla en la cintura tirase con fuerza, haciéndolo éste así, le detuvo el aliento y le ahogó; pero otros son de sentir que, imitando a Temístoces y a Midas, bebió sangre de toro. Livio refiere que, llevando consigo un veneno, lo deslió, y que al tomar

la taza prorrumpió en estas palabras: “Soseguemos el nimio cuidado de los Romanos, que han tenido por pesado e insufrible el esperar la muerte de un viejo desgraciado.” Y a fe que no podrá hacer Tito le sea por nadie envidiada una victoria tan poco digna de serlo, y en la que tanto degeneró de sus mayores, que a Pirro, que les hacía la guerra y los había vencido, le dieron aviso de que iba a ser envenenado.

XXI De este modo se dice haber muerto Aníbal; mas dada la noticia al Senado, no pocos se declararon contra Tito, graduándole de excesivamente cuidadoso y cruel en haber hecho morir a Aníbal- que podía mirarse como un ave sin alas y sin plumas a causa de su vejez, a la que de compasión se deja vivir-, cuando nadie le impelía a ello, y por sólo el deseo de gloria para tomar nombre de aquella muerte; lo que todavía causaba más maravilla, contraponiendo la mansedumbre y magnanimidad. de Escipión Africano, el cual, habiendo derrotado a Aníbal cuando todavía pasaba por invicto y por temible, no hizo que lo desterraran, ni lo reclamó de sus ciudadanos, sino que antes de la batalla conferenció con él, dándole la mano, y después de ella entró en tratados, sin haber intentado nada contra él mismo, ni haber insultado a su fortuna. Dícese que otra vez se habían encontrado en Éfeso, y que al principio, estándose paseando, Aníbal tomó el lugar de mayor dignidad, y Escipión lo sufrió y continuó en el paseo con la mayor naturalidad, y que luego, haciéndose conversación de los grandes capitanes, y pronunciando Aníbal que el mayor capitán había sido Alejandro, después Pirro y el tercero él mismo, sonriéndose tranquilamente, Escipión le replicó: “¿Y si yo te venciese?” A lo que Aníbal le había contestado: “Entonces ¡oh Escipión! no me pondré yo el tercero, sino que a ti te declararé el primero entre todos.” Ensalzaban muchos estas particularidades de Escipión, y de aquí tomaban motivo para difamar a Tito, como que había dado gran lanzada a hombre muerto. Mas había algunos que alababan lo hecho, mirando a Aníbal, mientras viviese, como un fuego que convenía apagar: porque ni aun cuando estaba en vigor eran su cuerpo o sus manos lo que a los Romanos se hacía temible, sino su talento y su habilidad, juntamente con su odio ingénito y su desafecto, de las cuales cosas nada disminuye la vejez, sino que el carácter queda con las costumbres, y sólo es la fortuna la que no permanece la misma; y aunque decaiga, siempre excita a nuevas empresas con la esperanza a los que son movidos del odio a hacer la guerra. En lo cual los sucesos estuvieron después de parte de Tito: ya en Aristonico, el hijo del guitarrero, que a causa de la gloria de Éumenes llenó el Asia toda de sediciones y de guerras; y ya en Mitridates, que después de Sila y Fimbria y de grandes pérdidas de ejércitos y caudillos, volvió a levantarse terrible por tierra y por mar contra Luculo. Ni podía reputarse a Aníbal más decaído que Gayo Mario, pues a aquel todavía le quedaban un rey por amigo, algunos medios, familia, y el ocuparse en naves, en caballos y en la disciplina de los soldados; cuando haciendo los Romanos burla de la fortuna de Mario, cautivo y mendigo en el África, al cabo de bien poco proscritos y azotados por él tenían que venerarle. Así, nada hay grande ni pequeño en las cosas presentes respecto de lo futuro; sino que uno mismo es el fin de las mudanzas y el de la existencia. Por esto dicen algunos que no ejecutó Tito aquel hecho por sí mismo, y que fue enviado embajador con Lucio Escipión, sin que su embajada tuviese otro objeto que la muerte de Aníbal. Y pues que más adelante no tenemos noticia que hubiese otro suceso relativo a Tito, ni civil ni militar, habiéndole cabido una muerte pacífica y sosegada, tiempo es ya de que pasemos a la comparación.

## **Comparación de Filopemen y Tito**

I. En la grandeza de los beneficios hechos a los Griegos no es posible comparar con Tito a Filopemen, ni a otros muchos todavía más excelentes que Filopemen; porque con ser éstos Griegos, fueron contra Griegos sus guerras; y las de Tito, que no lo era, en favor de los Griegos; y cuando, desconfiando Filopemen de poder defender a sus ciudadanos combatidos, se encaminó a Creta, entonces venciendo Tito en medio de la Grecia a Filipo dio la libertad a todas las naciones y a todas las ciudades. Si alguno se pusiera a hacer el examen de las batallas de uno y otro, a más Griegos dio muerte Filopemen, siendo general de los Aqueos, que a Macedonios Tito auxiliando a los Griegos. En cuanto a los errores, nacieron de ambición los del uno, de obstinación los del otro; para el enojo y la ira el uno era pronto, el otro inexorable: así, Tito a Filipo le conservó la dignidad del reino, y al cabo se compadeció de los Etolos; pero Filopemen privó por enojo a su misma patria de los tributos de sus aldeas. El uno jamás faltaba a quienes había hecho bien; y el otro por enfado estaba siempre pronto a borrar el reconocimiento; porque habiendo sido al principio bienhechor de los Lacedemonios, después les derribó las murallas, les taló los campos, y por fin los mudó y trastornó el gobierno; y aun parece que por enojo y obstinación expuso y perdió la vida, entrándose en la Mesena fuera de tiempo y con menos reflexión de lo que convenía, no siendo como Tito, que en el mando calculaba mucho y consultaba sobre todo a la seguridad.

II. Por la muchedumbre de guerra y trofeos, la ciencia militar de Filopemen fue mucho más acreditada porque aquel terminó la guerra contra Filipo en dos combates; pero éste, habiendo salido vencedor en mil batallas, ningún asidero dejó a la fortuna para que contendiese con su pericia. Por otra parte, aquel tuvo a su disposición el poder romano cuando estaba en su mayor auge; y éste adquirió gloria con las débiles fuerzas de la Grecia cuando estaban en su declinación: así, los triunfos del uno fueron peculiares e individuales suyos; mientras que los del otro deben decirse propiamente públicos: por cuanto aquel mandaba valientes, y éste los formó con su mando. Además, los combates de Filopemen fueron con Griegos; lo que si fue una mala suerte fue una irrefragable prueba de virtud; porque entre aquellos que en todo lo demás son iguales, el que se aventaja es a la virtud a quien debe el vencimiento: así, peleando con los más aguerridos de los Griegos, los Cretenses y Lacedemonios, de los más astutos triunfó con estratagemas, y de los más fuertes con valor. Fuera de esto, Tito venció con lo que ya existía, empleando las armas y la táctica que encontró, y Filopemen introduciendo un nuevo orden en estas cosas en cambio del que había: de manera que el uno inventó los medios de la victoria, y al otro le sirvieron los que existían. En cuanto a hechos propios y personales de guerra, de Filopemen hubo muchos y muy señalados; de Tito ninguno: así es que uno de los Etolos, Arquedemo, le motejó de que, mientras él corría con la espada desenvainada contra los Macedonios que se le oponían, Tito se estaba parado con las manos levantadas al cielo haciendo plegarias.

III. Tito, teniendo autoridad, o siendo mandado de embajador, todo lo hizo bien y prósperamente, y Filopemen, siendo particular, no fue menos útil o menos activo para los Aqueos que cuando fue su general; porque siéndolo, arrojó a Nabis de la Mesena, y restituyó a los Mesenios la libertad, y de particular cerró al general Diófanos y a Tito las puertas de Esparta cuando iban contra ella, y salvó a los Lacedemonios. Era tan nacido para ser caudillo, que no sólo imperaba según leyes, sino que sabía mandar a las leyes mismas para hacer lo que convenía: así no necesitaba recibir el mando de los que podían conferirlo, sino que se valía de ellos cuando la ocasión lo exigía, creyendo que más bien era su caudillo el que pensaba en sus ventajas y provecho, que no el que era por ellos elegido. Y si deben ser tenidas por ilustres y generosas la equidad y humanidad de Tito



para con los Griegos, más generosas fueron todavía el valor y amor de la independencia manifestados por Filopemen contra los Romanos; porque más fácil es hacer favor a los que lo piden que resistir con tesón a los poderosos. Examinadas, pues, todas las cosas, ya que no sea muy clara la preferencia, si dijéremos que al Griego debe adjudicarse la corona de la pericia militar, y al Romano la de la justicia y la probidad, parecerá que hemos acertado con lo que los distingue.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmese como **voluntario** o **donante**, para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**. [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

